

organizar el territorio mexicano, las negociaciones que las comunidades rurales y urbanas establecieron con el régimen, la construcción de las relaciones entre las autoridades y la población, la cuestión religiosa y las políticas ante la pobreza urbana. Pero aún falta explorar las relaciones entre los sectores sociales y los extranjeros, el papel del francés en la formación de la imagen mexicana, las relaciones diplomáticas con las naciones involucradas, los proyectos políticos, económicos, educativos y culturales del imperio. No se debe pasar por alto que las políticas administrativas, legislativas y gubernamentales del segundo imperio se inscriben en un esfuerzo sostenido por consolidar un Estado nación moderno, liberal y reformista. Aunque la mayor parte de los proyectos imperiales no se pusieron en marcha, éstos representan un testimonio de los esfuerzos de los hombres públicos por consolidar una nación moderna. Esos proyectos evidenciaban aquello que se percibía como un obstáculo y las respuestas que se implementaron para constituir un aparato gubernamental viable. El fracaso de esos proyectos permite vislumbrar el campo de maniobra en el que se movían los artífices de la política. Como se apuntó más arriba, Erika Pani es una historiadora generosa que trata de "seducir" a los jóvenes historiadores. Ella está convencida de que el imperio representa un campo fértil para el análisis. Sólo faltan historiadores interesados en segar un campo lleno de ricas espigas. Los archivos son casi vírgenes y permiten indagar en la formación interna de ese régimen. La amplia bibliografía que se incluye al final del texto muestra que existe mucha tela de donde cortar. El libro de Pani incita a multiplicar los esfuerzos para entender el imperio. La invitación está

hecha. La autora pone las herramientas y a nosotros nos toca asumir el reto que plantea.

Rogelio Jiménez Marce
 INSTITUTO MORA

Will Fowler (coord.), *Presidentes mexicanos*, INEHRM, México, 2004, t. I (1824-1911), 376 pp., t. II (1911-2000), 530 pp.

Esta obra es básicamente una historia de los más importantes presidentes de México, de los contextos en los que se desarrollaron sus mandatos y de las características de los particulares proyectos políticos que impulsaron; pero, sobre todo, ésta es una historia del proceso de consolidación del presidencialismo como una institución central del sistema político mexicano. Como tal, la obra hace aportes relevantes a la literatura académica del tema. En primer lugar, *Presidentes mexicanos* es una contribución importante a la historiografía presidencial y a la comprensión del papel que tienen las circunstancias que rodean a los presidentes en el éxito o fracaso de sus proyectos políticos. La obra analiza a nueve presidentes del siglo XIX y a doce del XX en igual número de capítulos, poniendo énfasis en los contextos en los que se desarrollaron sus mandatos y cómo éstos condicionaron sus capacidades para establecer acuerdos con otros actores políticos, especialmente el Congreso.

Sin embargo, la contribución más significativa de esta obra pareciera estar, al menos potencialmente, en el ámbito de las ciencias políticas. Existen visiones del presidencialismo (especialmente populares entre ciertos análisis de los procesos de democratización y consolidación de las

instituciones estatales mexicanas) que presuponen de manera automática la preeminencia de la figura presidencial sobre los poderes legislativo y judicial y sobre otros niveles de gobierno. Estos enfoques tradicionales argumentan el ejercicio de facultades metaconstitucionales por parte de los presidentes, estableciendo una relación causal entre éstas y su capacidad para influir a otros actores políticos que deberían funcionar como contrapeso a su poder. La gran innovación de *Presidentes mexicanos* radica en vincular el presidencialismo posrevolucionario con los contextos del siglo XIX, sin los cuales aquél no se puede explicar, cuestionando visiones simplistas sobre las capacidades presidenciales. En efecto, los diferentes capítulos dejan en claro que el presidencialismo mexicano está compuesto por tendencias contradictorias que son más evidentes cuando el sistema político entra en periodos de intensa redefinición. Asimismo, es un fenómeno complejo que, sin dejar de tener ciertas características comunes, se manifiesta siempre de diversa manera. Por lo mismo, la historia de los presidentes mexicanos se puede ver desde el enfoque de diversas dicotomías que producen tensiones no resueltas del todo, sobre todo las que se siguen de la “paradójica necesidad del pueblo mexicano de tener un presidente fuerte y un Congreso fuerte *al mismo tiempo*” (t. I, p. 14) (cursivas en el original).

Esto es importante. Los diferentes colaboradores de esta obra muestran que la acción de los presidentes de ambos siglos ha estado marcada por la existencia de una cultura política, aceptada y promovida por ciudadanos y funcionarios por igual, en la que se espera que el presidente sea fuerte sin llegar a ser un tirano. Este difícil equilibrio se ha visto siempre sometido a pre-

siones fuertes en el caso de la relación con el Congreso, pues los presidentes que se han impuesto sobre él son considerados opresores y los que se limitan a cumplir sus mandatos son despreciados por débiles. En este sentido, pareciera que las particulares características del sistema político mexicano obligan a los presidentes a mantener relaciones con el poder legislativo que nunca son simples, y que en muy pocas ocasiones se resuelven de manera equilibrada. Los capítulos de Josefina Zoraida Vázquez (sobre Santa Anna), de Paul Garner (Díaz), de Felipe Arturo Ávila Espinosa (León de la Barra), de Javier García-diego (Madero y Carranza), de Josefina MacGregor (Huerta) y de Soledad Loeza (Díaz Ordaz) son especialmente ilustrativos y cuestionan la visión de que la preeminencia presidencial es suficiente para hacer avanzar las políticas públicas del ejecutivo en todas las circunstancias, incluso en los tiempos en los que su hegemonía parecía estar garantizada. En términos de los aportes contemporáneos a la teoría política, los capítulos de este libro no cuestionan la supremacía del presidente en general, pero sí añaden importantes matices que demuestran que su predominio se encuentra construido sobre relaciones de *dependencia de poder*. En otras palabras, aunque ha habido presidentes autoritarios capaces de irrumpir en el escenario político redefiniéndolo por medio de la fuerza, siempre ha existido una preocupación explícita por ganar legitimidad a través del reconocimiento de otros actores políticos, especialmente del Congreso. Esto se pone de manifiesto cuando presidentes fuertes y débiles por igual se ven obligados a negociar apoyos para políticas que se ajustan al marco legal del periodo (y que podrían definir por sí mismos), pero que no son

viables sin la anuencia de los demás actores políticos o sociales. En este sentido, el presidencialismo es siempre resultado de la interacción de actores gubernamentales y no gubernamentales de diferentes niveles de gobierno.

Como es bien sabido, algunas reglas que posibilitan el funcionamiento de estas relaciones de *dependencia de poder* mantenidas alrededor de la figura presidencial no se encuentran expresamente definidas en nuestras leyes, lo que hace que el sistema político mexicano se sostenga mediante la aceptación de una dicotomía entre la abstracción legal y el mundo de las facultades reales del presidente. Esta dicotomía (que sigue fascinando a investigadores de ambos lados del Atlántico) se verificó no solamente en el periodo posrevolucionario, sino también durante el siglo XIX. En efecto, el sistema político del periodo independiente nació con un ejecutivo subordinado formalmente al Congreso, del que se consideraba ejecutor. Como muestran la Constitución de 1824, las Siete Leyes de 1836, las Bases Orgánicas de 1843 y la Constitución de 1857, el ejecutivo era definido como el instrumento encargado de publicar y hacer guardar las disposiciones del Congreso, sede de la soberanía popular. Sin embargo, desde la Constitución de 1857 es evidente un esfuerzo por limitar el creciente poder del presidente, quien se va consolidando paulatinamente como el centro indiscutible de las relaciones e intercambios políticos nacionales. Paradójicamente, la única concesión hecha al ejecutivo en la Constitución de 1857 (el artículo 29) lo facultaba para suspender las garantías individuales en casos de gravedad, lo que en la práctica equivalía a dar al presidente el poder para gobernar sin la Constitución. De esta manera, aun-

que el poder se encuentra formalmente en el Congreso, en realidad se ha concentrado en la presidencia. Presidentes notables como Juárez, Calles y Cárdenas usaron esta dicotomía para su beneficio, según lo muestran los artículos de Brian Hamnett, Georgette José Valenzuela y Alan Knight, respectivamente.

Este último investigador ha propuesto una clasificación de presidentes que ha probado ser útil para entender las variantes en los estilos y grados de fortaleza de las administraciones e, incluso, de los regímenes que las sostienen. Alan Knight, en su ensayo sobre Lázaro Cárdenas, nos recuerda que en general los presidentes mexicanos han desarrollado estilos “Borbón” o “Habsburgo”. Los primeros son intrépidos, proactivos, innovadores, caracterizados por la acción ejecutiva y la búsqueda de nuevas formas de legitimidad; mientras que los segundos son más reactivos, cautos, e interesados en consolidar innovaciones introducidas por sus predecesores. Entre los presidentes de estilo “Borbón” podemos encontrar a Juárez, Díaz, Calles, Cárdenas, Alemán y Salinas, mientras que Lerdo de Tejada, González, Ortiz Rubio, Ávila Camacho, Ruiz Cortines y Zedillo serían “Habsburgo”. Las administraciones “Borbón” se caracterizan por “apostar en grande—como lo hacían sus homónimos a finales de la colonia— y por eso corrían el riesgo de tener grandes pérdidas” (t. II, pp. 204-205). Knight argumenta que los grandes héroes y villanos de la historia mexicana han sido “Borbones”.

Es interesante que, más allá de la valoración de esta clasificación como herramienta de análisis, esta obra parece sugerir que el hecho de que presidentes “Borbones” sean sucedidos por “Habsburgos” obedece a condiciones estructurales del

sistema político nacional, y no sólo a cuestiones coyunturales relativas al equilibrio de fuerzas políticas. En efecto, el que no se haya dado una serie ininterrumpida de “Borbones” o de “Habsburgos” muestra que existe una tensión no resuelta entre las exigencias contradictorias de la ciudadanía de tener un presidente-*tlatoani* capaz de brindar mayor calidad de vida a sus súbditos quien, al mismo tiempo, debe autolimitar su poder y respetar a las demás fuerzas políticas. Los estilos “Borbón” y “Habsburgo” no son sino oscilaciones de péndulo dentro de una serie de prerrogativas presidenciales que, algunas veces, se muestran como incompatibles entre sí. Lo realmente esencial de la figura presidencial no es su carácter “Borbón”, que pareciera responder a las expectativas de la cultura política mexicana que espera encontrar la solución a los problemas nacionales en las decisiones de un solo hombre, sino la centralidad del papel del presidente en el imaginario de la nación, independientemente de la fortaleza de su administración, de su nivel de legitimidad y de su estilo personal de gobernar o innovar. Todos los presidentes, “Borbón” o “Habsburgo”, terminan siendo criticados por ser déspotas o pusilánimes. Lo realmente notable es que, independientemente de esto, siempre son considerados como figuras indispensables del escenario político del país.

Por último, merecen especial atención dos capítulos que analizan el papel de las primeras damas: Anne Staples trata a las esposas de los presidentes del siglo XIX, mientras que Sara Sefchovich a las del XX. Una comparación entre estas dos colaboraciones muestra una muy interesante evolución del papel de la esposa del presidente, pasando de ser casi un instrumento de ascenso social y de financiamiento

de carreras políticas, a desempeñar un papel de importancia en la aplicación y diseño de políticas asistenciales. Estos dos capítulos son especialmente gratos, pues son ricos en detalles que ejemplifican cómo las esposas compartieron la suerte de los presidentes, añadiendo una dimensión personal a los análisis del presidencialismo.

Presidentes mexicanos fue coordinado por el doctor Will Fowler, *reader* de la Universidad de St. Andrews en el Reino Unido, quien es el reconocido autor de *Mexico in the Age of Proposals, 1821-1853*.

Francisco Porras
INSTITUTO MORA

Serge Gruzinski, *La ciudad de México: una historia*, FCE, México, 2004, 618 pp. (Colección Popular, 566).

EL AUTOR Y EL LIBRO

“Tal vez haya mil maneras de escribir la historia de la ciudad de México desde sus orígenes hasta nuestros días”, dice Gruzinski en las primeras páginas de su libro. El historiador francés —conocido principalmente por su obra *La guerra de las imágenes*— tenía ante sí al menos dos retos colosales: ofrecer en un libro de divulgación una historia capaz de asimilar la magnitud y la complejidad de la capital mexicana en un recorrido de más de seis siglos, y, por si esto fuera un reto menor, había que presentar una visión original frente a la inmensa producción de estudios que se han escrito sobre esta ciudad.

A lo largo de 600 páginas, Serge Gruzinski da sobradas muestras de que salió adelante en su tarea de forma más que honorable.